EL EXISTENCIALISMO DE ABBAGNANO

POR

EUGENIO FRUTOS

ESTE breve libro de *Nicola Abbagnano* (1), que tratamos de reseñar, es extremadamente denso. Contiene dos ensayos, en los que el autor estructura su personal solución existencialista.

El primer ensayo se titula: *¿Qué es el existencialismo?* Pudiera pensarse que el autor va a ofrecer un concepto de estas doctrinas lo más unitario posible, teniendo en cuenta su diversidad, o dar históricamente una visión temática de conjunto, como hace Mounier en su «Introducción a los existencialismos». No es esto, sin embargo, lo que el ensayo nos brinda. Abbagnano da su propio concepto de lo que debe ser una filosofía existencialista, de modo que el ensayo es doctrinal y completa el siguiente. Para él el existencialismo descansa sobre seis motivos fundamentales: la busca del ser, el empeño en la finitud, la trascendencia, la consistencia, el destino o la fidelidad y la libertad.

El hombre es, metafísicamente, «la posibilidad originaria y trascendental de buscar el ser» (p. 6), de modo que filosofar no es privativo del filósofo y puede realizarse tanto en la acción como en la especulación o el arte. El hombre realiza la unidad fundamental de su *yo* asumiendo su finitud, de modo que el *yo* resulta trascendente. También lo es el mundo, cuyo orden aceptamos para realizarnos; reali-

(1) *Esistencialismo positivo.* Due saggi. Taylor Torino, editore, 1948. (N.° 4 della Colezione di Filosofia.)

zación que supone la ligadura con los otros, pues el hombre sólo *nace* del hombre y, por tanto, cada existencia es parte y no todo; *coexiste* en la comunidad. De ella, como del amor y la amistad, esto es, de toda relación con los prójimos, nos puede arrebatar la *muerte*, riesgo ineliminable. Esta coexistencia pide la *fidelidad* a los otros.

En esta vida en común el hombre se hace historia, sustrayéndose a la destrucción del tiempo. Lo realiza por la fidelidad, que es el *destino*. La posibilidad elegida no es indiferente. El existencialismo trata de sustraer al hombre a la indiferencia y a la infidelidad, reintegrándolo en su *libertad*, que le permite elegir la propia tarea con confianza en su absoluto valor.

Así entendido, el existencialismo no representa una dirección especial de la filosofía, sino que «está en la línea de los grandes metafísicos occidentales, de Platón a Santo Tomás, del Cartesio y Vico a Kant» (p. 15). Las doctrinas de los grandes filósofos no deben considerarse arqueológicamente, sino hacerlas resonar hoy en vivo; a esto llama «clarificación historiográfica» y va ligada a la «clarificación existencial».

El existencialismo se presenta aquí como una culminación de todo el filosofar humano, aunque culminación para nuestro tiempo. No es escuela ni proselitiza; es una ayuda, un reclamo, que no puede sustituir al empeño individual, pero puede guiar a cada uno en su realización.

Según esto, para Abbagnano, el existencialismo es el modo de filosofar en nuestro tiempo, y la filosofía una de las realizaciones posibles de la busca del Ser. El empeño en esta busca exige el previo reconocimiento de nuestra finitud y de nuestra vinculación a los otros. Pero pudiera ocurrir—y esto ha ocurrido en alguna de las doctrinas existencialistas actuales, que este reconocimiento y el definitivo anclaje en la finitud trajera como consecuencia la definitiva renuncia al Ser, a la trascendencia y con ello la desesperación o la paralización. Abbagnano trata de evitar esta conclusión en su segundo ensayo. No todas las doctrinas quedan en pie de igualdad, pero no separa la dirección esencialista—Platón, Descartes—, según se ha visto, de la existencialista. No parece, pues, que su doctrina conduzca a una negación de la esencia.

El segundo ensayo lleva por título una afirmación rotunda: *El existencialismo es una filosofía positiva*. Hay que aclarar lo que entiende el filósofo italiano por «filosofía positiva».

A su manera de ver, la positividad se afirma si no se imposibilita el principio mismo de donde se parte. Ahora bien: la característica esencial de la filosofía es su *problematicidad*, y de aquí se puede sacar

lo referente a su naturaleza, su sujeto y objeto y su método. Por su carácter problemático excluye el tipo de «saber divinizante» (Hegel) y todo «saber necesario» que suponga una inmutable concatenación. Lo necesario se refiere a lo infinito; lo posible, a lo finito. El hombre es el solo «ser pensante finito»; por esto es el sujeto de la filosofía. Y la elaboración técnica de la filosofía la hace por el *lenguaje*; pero la filosofía es obra de todos los hombres y por esto el existencialismo trata de «investir con su espíritu las manifestaciones más vivas de la cultura contemporánea» (p. 24).

En sentido propio, la filosofía no tiene «objeto», pues el hombre no puede convertirse en un saber desinteresado sobre sí mismo, al modo que lo propugna, últimamente, la Fenomenología, pues esto sería una posibilidad del hombre y esta posibilidad queda fuera de la investigación fenomenológica. Puede, en efecto, el hombre hacer eso : tomarse como objeto; pero lo hace en la ciencia, no en la filosofía, en cuanto la problematicidad constitutiva del hombre incluye a éste como uno de los términos de sus problemas. Al lado de las otras exclusiones se ha de poner el positivismo, que trata la filosofía como ciencia. Y también el «espiritualismo», entendiendo como tal aquellas doctrinas que excluyen por completo la consideración del cuerpo humano y del hombre como exterioridad.

La filosofía no es, pues, contemplación ni ciencia ni expresión de una Razón absoluta. El horizonte en que se mueve no es el de la necesidad, sino el de la *posibilidad*. Todo para el hombre—único tema de la filosofía—es posibilidad : sus relaciones con los otros, con el mundo, con el arte, con la historia. Se explica que la inestabilidad y lucha a que este reconocimiento obliga hayan sido a veces rechazados u ocultados; pero la filosofía debe tener en cuenta esta realidad.

Se dan dos tipos en la filosofía de la posibilidad : la *positiva* y la *negativa*. Kant es, para Abbagnano, el que representa las doctrinas del primer tipo. En él el mundo entero del hombre queda expresado y fundado en términos de posibilidad. La forma *a priori* posibilita el conocimiento; el imperativo categórico expresa la posibilidad moral de una persona o de una comunidad; al sentimiento estético compete la posibilidad de transformar la dependencia del hombre respecto de la naturaleza en libertad frente a la misma. La posición crítica de Kant obedece a que se está esforzando en distinguir las auténticas posibilidades humanas de las que no lo son.

Pero Kant no atiende a la *posibilidad negativa*. El filósofo de esta posibilidad es Kierkegaard, pues la angustia es el sentimiento de lo posible en su fuerza destructiva. «Negatividad» no quiere decir, para Ab-

bagnano, valoración negativa, sino camino cerrado, imposibilidad de la posibilidad.

En este sentido estricto, son negativas la mayor parte de las respuestas dadas por las doctrinas existencialistas actuales. Así, en efecto, las considera nuestro autor. Al tratar de determinar la elección, se dan, según él, tres respuestas principales. Se considera que todas las posibilidades son equivalentes, esto es, que toda elección está justificada (Sartre), o que se equivalen todas las posibilidades menos una: la de la muerte (Heidegger), o que todas se equiparan en no poder ser más que posibilidad, sin alcanzar la trascendencia (Jaspers). En el primer caso, la equivalencia *niega* la posibilidad de elección y, por tanto, la existencia misma; en el segundo y el tercero, la posibilidad es una *imposibilidad pura*, de modo que se transforma en *necesidad*. Frente a este cierre de caminos, Abbagnano nos da su solución. El criterio ha de ser intrínseco a la posibilidad misma y ésta ha de ser auténtica. Pero lo que decide de su autenticidad es el no abocar a una imposibilidad. Por tanto, «la posibilidad de la posibilidad es el criterio y la norma de toda posibilidad» (p. 37). A ésta la llama *posibilidad trascendental*, utilizando una terminología kantiana. Esta posibilidad supone un empeño y una fe. La libertad que aquí actúa no es indiferencia ni *amor fati*. La libertad supone que la elección se puede mantener y renovar en cada momento y que se da una relación con los demás hombres, lo que implica *fidelidad*.

La categoría de la posibilidad permite entender el doble carácter del *tiempo*. Pues si por tal se entiende «un orden», no se explica su poder destructivo, y si se entiende un desorden, no se explica su capacidad de consolidación histórica.

El doble carácter positivo y negativo de la posibilidad lo explica. La historia es el empeño en sustraer al poder nadificante del tiempo lo valioso. Supone, pues, no sólo el transcurso, sino el valor, esto es, que todas las posibilidades no son equivalentes y que pueden destacarse las auténticas y hacerlas valer como norma para el porvenir. Pero no hay un orden histórico necesario; la problematicidad de la existencia se traslada a la historia.

Sorprende en esta teoría la indistinción, a lo largo de la historia, de esencialismo y existencialismo, pues si bien es cierto que la busca del ser caracteriza toda filosofía, no lo es menos que no lo buscan todos de la misma manera. Sorprende también que no se citen, aparte de Kant, más que doctrinas de positividad negativa, sin una alusión a Marcel, por ejemplo. Y no creemos que las teorías de Marcel, a pesar de su arranque hegeliano y de su catolicismo, no pueden tomarse como expresión de un «saber divinizante».

En la solución positiva del mismo Abbagnano se observa que su criterio no se puede aplicar sino *a posteriori;* no se sabe si la posibilidad es auténtica sino porque en su realización no se imposibilita, de modo que nunca podemos elegir con fundamento antecedente. Esta submersión en la incertidumbre no se salva si se permanece anclado en la finitud. El reconocimiento de la esencial finitud humana me parece necesario siempre que se tome como base para alcanzar lo trascendente; en otro caso, no veo modo de escapar a la negatividad de la angustia, es decir, de abocar, en el sentido de nuestro autor, a una imposibilidad.

Lo más acertado es, a nuestro juicio, la introducción del valor. Frente a la equivalencia de todas las posibilidades, que niega en el fondo toda norma moral, y frente a las doctrinas de la necesidad, que niegan la libertad y arrojan al hombre en la desesperación, la solución de Abbagnano es, sin duda, más consoladora. De aquí que me parezcan plausibles, dentro de las doctrinas existencialistas, sus conceptos de la libertad, el tiempo y la historia. Salva la equiparación heideggeriana de temporalidad e historicidad, que el mismo Heidegger limita con sus teorías de la «repetición» de la muestra de posibilidades auténticas del pasado que debe hacer la historia. En el filósofo italiano está clara la salvación de lo valioso del poder destructivo del tiempo.

La claridad y precisión de la obra son también dignas de alabanza, así como el destaque de los motivos y la arquitectura del segundo ensayo. Abbagnano avanza hacia campos más humanos que el implacable *sub specie mortis* de Heidegger; pero como toda doctrina existencialista no llega a una ontología del ser, se queda en una ontología de la existencia humana.

Eugenio Frutos.
Paseo de Cuéllar, 9.
ZARAGOZA (España).